

Violencia mediática: antagonismos y agonismos en los medios de comunicación en Puerto Rico

-Silvia Alvarez Curbelo PhD.-
Escuela de Comunicación
Universidad de Puerto Rico

(Ponencia ofrecida en El Seminario, auspiciado por el Departamento de Sociología y Antropología, Universidad de Puerto Rico, 7 de noviembre de 2006)

La llegada de Miss Universo 2006 Zuleyka Rivera a Puerto Rico desató, mucho más que su elección, pasiones encendidas, para hablar en lenguaje de telenovelas. Entraron en el debate alcaldes, sicólogos, politólogos, periodistas de farándula y los nuevos híbridos de la radio y la televisión: lo que Jorge Castañeda en el contexto mexicano ha llamado la comentocracia: comentaristas a calzón quita'o, que tienen que hablar porque si no, revientan y cuya naturaleza mediática parece ser la de estar siempre en contra'o's.

Fenómeno no limitado a las parrillas radiales y televisivas del país, estos oficinantes se adscriben a culturas mediáticas organizadas crecientemente por la conversión de las formas tradicionales del periodismo – la noticia, el reportaje, el comentario analítico y el editorial- en entretenimiento, mediante lenguajes del rumor, del inuendo y del chisme. En la televisión norteamericana de cable, Fox News es epítome de esta tendencia que combina el terror semántico con el espectáculo.

Ya puede identificarse un género discursivo entre esos comentaristas que como toda especie muestra genes similares y genes discordantes. Los hay que hilan fino, producto de sabidurías y lecturas, de dominio del lenguaje y de sus varios registros. Es el caso de José Arsenio Torres, mente joven a los ochenta años y manejador de una gama amplia de lecturas, saberes y de decires. Los hay deslenguados o mejor dicho hiperlenguados que piensan que mientras más griten y menos miramientos tengan mejor disimulan sus improvisaciones, su vagancia intelectual y su falta de imaginación. Los

hay destemplados pero no con la irreverencia que estimula la crítica sino con aquélla que blande el efecto terror –el shock and awe- , propio del poder en tanto signo obscuro. Los hay, también, que “en puertorriqueño” se hacen los graciosos y quieren siempre poner una pica en Flandes, acudiendo al ridículo y al escarnio. Los hay, finalmente, que se ubican con prepotencia e ignorancia (la peor de las combinaciones) en un reino de la transparencia desde donde enjuician al resto de los mortales, mientras ellos pasean con toda impunidad su banalidad.

A menudo muchas de estas nuevas figuras generan sus observaciones, sus halagos o sus diatribas dependiendo de “cómo me fue en la feria”. Es decir, la referencia de arranque es su yo, que puede ser el yo que no entiende pero que no lo va a admitir; el yo protagonista, acogido a los códigos exhibicionistas del espectáculo; el yo ideológico, guardián de la partidocracia o; el yo banal, anecdótico que hace de su vida y sus experiencias los parámetros hermenéuticos desde los cuales interpreta todo lo demás. O todas las anteriores.

He ahí un primer nivel de violencia mediática, la que se produce por el achatamiento de la capacidad crítica, por la trivialidad del análisis, por el descuido y la irresponsabilidad en la producción de información y en la producción de opinión pública. Se atenta contra la inteligencia y el sentido común; se atenta contra el decoro, al poner “la burra adelante” y no abrirnos al reconocimiento primero, y luego al conocimiento del otro. Ni aún por falsa modestia o por acudir a un viejo truco populista, estos neo-comunicadores se refugian en la fórmula socrática de admitir la ignorancia como plataforma para conocer.

En momentos en que se armaba una gran fiesta barroca de recibimiento a la reina Zuleyka, sobre la cual podemos labrar opiniones y disidencias- Mayra Montero, con cierto exceso moralista, lo hizo en *El Nuevo Día*- uno de estas figuras mediáticas se

refirió a Zuleyka como “La Pájara”. De inmediato le llovieron las críticas. La primera de ellas por su compañera de panel, la profesora Vivian Mattei quien, con mesura y sin rasgarse vestiduras, lo avergonzó. Quiero detenerme en este segundo nivel de violencia mediática, cebada en la figura de la mujer y que queda inscrito en el apelativo *La Pájara*. Esta violencia es a la vez puntual, referida a la mujer y metonímica, constituye una parte que condensa el todo.

Se trata en este caso de una descalificación profunda en la que convergen varias operaciones discursivas naturalizadas desde una epistemología de los antagonismos que forma parte ya de nuestro equipaje de producción y reconocimiento de la realidad:

En primer lugar, la desnominación. *La Pájara* despoja de nombre propio, despersonaliza y, como sabemos por los trabajos que se han hecho sobre la esclavitud o el colonialismo, el despojo del nombre acompaña la negación de la persona y la afirmación de la mercancía. Independientemente de que podamos hacer crítica de los concursos de belleza y apuntemos a su ademán mercantilista y cosificante, la desnominación *La Pájara* no es una crítica a las estructuras del sistema, llámese esclavitud, colonialismo o Miss Universe Pageant. Se refocila, por el contrario, en una persona –en este caso una mujer- y la convierte en la condensación del mal que se denuncia. Es como si cebáramos en el esclavo desnominado nuestra indignación por la esclavitud.

En segundo lugar, se trata de una bestialización. “La Pájara” remite a una biologización de la mujer, a su naturalización y por ende, desculturación. Fuera de la cultura, fuera del lenguaje, la mujer es pura naturaleza. Movida por los instintos y movedora de instintos, esta reducción naturalista subyace a mucha de la crónica roja del crimen, a mucha de la crónica farandulera y a mucha de la crónica política. Se cuelga en la consideración del talante, de las aptitudes para ejercer y mantener cargos, en la

selección de tomas fotográficas. Por cierto, una conversión paralela al bestiario ocurre en el caso de los homosexuales a los que se les suele denominar como “pájaro” o “pajarraco”.

En tercer lugar, se trata de una pornograficación. “La Pájara” constituye un encapsulamiento pornográfico de la identidad femenina – la mujer centrada en su genitalia, inmovilizada por los límites de su sexo. Se trata de otro operativo metonímico – la parte por el todo- que remite a una vulnerabilidad, a una herida abierta, a una sospecha siempre larvada de la mujer como prostituta, como “mala mujer”.

Se podrá argüir que “La Pájara” fue un lapsus linguae. Pues bien, desde Freud sospechamos que los lapsus no son meros errores casuales; son un deslizamiento, un resbalón que pone de manifiesto contenidos del inconciente. Desde una lectura lacaniana, el lapsus se complica. Revela un goce, un exceso, algo que es extraño al sistema de signos comunicable. Así lo expresa un lacaniano argentino con un nombre de antología: Ernesto Sinatra:

¿Qué es lo inquietante en el lapsus?: en principio es algo producido por alguien que no puede reconocerse como su autor, pero lo definitivo es que introduce una sospecha en el uso comunicativo del lenguaje: el lapsus indica que en el dispositivo simbólico y totalizante del lenguaje anida algo que le es extraño, extranjero al sistema de signos comunicables: un goce -allí- ignorado, y por esta vía el lapsus denota un exceso, ya que muestra el 'verdadero' revés de la verdad considerada en su cara simbólica.

Ahora bien, el lapsus debe provocar, debe obligar a hacernos preguntas. Intentemos una problematización que el pretendido lapsus propone. ¿Por qué ese sustrato de violencia simbólica contra la mujer que se detona a la menor provocación y que convoca tantas asociaciones deshumanizantes?

Hoy, la guerra en Irak, la escalada de asesinatos en el país, las hambrunas africanas, son ejemplos vívidos, incuestionables de violencia. Lo extremo de estas situaciones puede, sin embargo, obnubilar otras sedes más opacas, menos visibilizadas de la violencia. Fernando Picó, nuestro estimado historiador, registra su rastro largo y

múltiple en Puerto Rico en su discurso de investidura como Humanista del Año 2004.

Una de las valiosas derivaciones de su lección magistral es la siguiente: Al preguntarnos cómo educar para la paz en una sociedad donde la violencia ha formado parte intrínseca de nuestra formación como pueblo, poco adelantamos si ignoramos su presencia en nuestro pasado y en nuestro entorno. No siempre va a tomar la forma de un crimen pavoroso.

Yo, por mi parte, propongo a la violencia como estructura fundante, por ejemplo, de nuestra vertiginosa modernización en la segunda mitad del siglo XX. Se manifiesta en los éxodos de campo a ciudad, en la emigración a Estados Unidos, en las soluciones de urbanismo que le dimos a nuestros pueblos y ciudades. Hoy, la veo enquistada en una cultura del antagonismo que valora o naturaliza estructuras de conflicto desde las oposiciones binarias; que requiere de sistemas tripartitos de representación ideológica en programas de opinión para dar la apariencia de objetividad y balance cuando lo que se hace es estimular el desencuentro; que convierte el soneo de la salsa o las letras del reggaetón en experiencias de “tiraera”, es decir, de quítame la pajita en lugar de ocasiones festivas, de goce del cuerpo y del alma.

La veo – a esa cultura del antagonismo- organizando la oferta mediática e imponiendo la lógica de la guerra y de las rayas en la arena. Gran parte de la parrilla radial AM, de la parrilla FM y de la programación televisiva se ha convertido en un gran depósito de violencia simbólica en Puerto Rico. La violencia contra la mujer en las ondas radiales no puede explicarse sin ese magma que subyace a la oferta de la radio y, en menor nivel pero no por ello disculpable en la televisión y la prensa. Es ese un tercer piso de violencia mediática.

Tomemos el caso de La Comay. Uno de los programas televisivos de mayor audiencia desde hace algunos años en este país es Super Exclusivo, que se transmite –y

no es coincidencia porque en el programa se difuminan las fronteras entre periodismo y la crónica del chisme- a una hora tradicionalmente asociada a los noticieros vespertinos. La protagonista del programa lleva por nombre *La Comay*, apócope de comadre, esa identidad pre-política y pre-moderna insertada en el engranaje de pactos de la gran familia puertorriqueña que discurre en paralelo a las identidades modernas de ciudadanía.

La Comay es un hombre disfrazado, vestido con brillo y color barroco de mujer, labios grotescos que dominan una cara coronada por un pelo alborotado, imposible de domeñar. Su gestualidad titiritera como mujer bochinchera, excesiva, gritona, remite a nociones persistentes de la mujer como exceso insumiso que abundan tanto en los imaginarios letrados (por ejemplo en algunos de los textos del sociólogo del siglo XIX Salvador Brau) como en los imaginarios populares (desde los disfraces de las antiquísimas fiestas de Santiago en Loíza Aldea hasta manifestaciones más contemporáneas como *La Gorda de Oro*, Myrta Silva, pintada por Nick Quijano).

Lo que comenzó como un programa de chismes de farándula, se ha tornado en una operación de desmantelamiento del espacio público que fuera configurado por la modernización política y la conversión de sus remanentes en un espacio intermedio, algo así como una vecindad virtual, donde lo íntimo se publicita, donde lo privado se infringe y se convierte en comidilla de todos, donde lo cívico siempre está bajo escrutinio y burla. En *La Comay* todo se puede "ventear". Ventear es un arcaísmo del idioma español que remite a la palabra venta - especie de hospedería popular como recordarán por Don Quijote-

¿Qué se "ventea" en *La Comay*? Se desnudan fundamentalmente los cuerpos políticos -partidos, instituciones, clase política- para ofrecerlos a la mofa espectacular. Se desnudan los cuerpos de hombres y mujeres, particularmente éstas últimas para

convertirlas en “chillas”, en “cornudas”, en “histéricas”, en “reprimidas”, en doble sentido.

No quiero, en modo alguno, ver en La Comay un chivo expiatorio, la figura antropológica acuñada por René Girard que tiene como efecto hermenéutico el reducir lo complejo y enrarecido a una cifra simple. Estamos, me parece a mí, ante un proceso acelerado de reformulación cultural hegemónica en el que se han creado complicidades efectivas entre la clase política, los medios de comunicación en su calidad de oficiantes culturales y una mayoría social de espectadores y consumidores para presenciar y asistir en la muerte de un proyecto moderno con avanzada esclerosis.

Hoy por hoy, los criterios de rentabilidad de las empresas mediáticas convergen con la liviandad de la clase política y con la pasividad o quizás fatalismo de muchas de las audiencias. De ahí que la radio sobretodo se haya convertido en palabras de Oscar Serrano, uno de nuestros más perspicaces y responsables periodistas, en un escenario de vergüenza para los profesionales de la comunicación. Un escenario sancionado por las audiencias que se organizan o bien por el tribalismo político o bien por su aceptación – en clave activa o pasiva- de la grosería y el abaratamiento de personas e ideas. Es en este mapa mediático en el que la violencia simbólica hacia la mujer parece dolorosamente confirmar los derroteros violentos de la cultura contemporánea puertorriqueña.

Es así porque no sólo en Puerto Rico sino en gran parte del mundo, la contemporaneidad se organiza, se interpreta y se comunica desde las gramáticas mediáticas reduccionistas que anclan en el antagonismo pero no para reconocerlo y negociarlo sino para espectacularizarlo. De ahí que el episodio de La Pájara nos sitúe en terrenos inminentemente políticos, en el debate del rol si se quiere ontológico del antagonismo en la práctica de lo público. Acudo a Chantal Mouffe y sus reflexiones en

torno al regreso de lo político como dimensión constitutiva de la social, a su crítica al liberalismo, en tanto pretende evadir y superar el antagonismo, y, al desplazamiento del antagonismo en agonismo como un modo relacional e incluyente de establecer, como diría Derrida, la diferencia.

En su crítica a la renovación liberal que propone Jürgen Habermas a través de la racionalidad comunicativa y la reformulación de la esfera pública por medio de los consensos procesales, Mouffe se vale de las propuestas de Carl Schmitt (El concepto de lo político). El liberalismo y sus productos – los derechos humanos, la democracia representativa, las libertades de expresión y los más recientes como la cultura de paz- constituyen, si nos adscribimos a la argumentación de Schmitt, en negación de lo político, de la conflictividad que es precisamente su condición de posibilidad.

Para Mouffe, siguiendo a Schmitt, todo enfoque democrático tiene que comenzar por reconocer la presencia indeleble del antagonismo en la práctica social. Lo que se juega, sin embargo, es la capacidad para movernos hacia la distensión de las tendencias a la exclusión, a la negación del otro que subyace a toda relación antagónica, a toda relación de diferencia entendida como una relación excluyente amigo-enemigo.

La alternativa que ha desarrollado Mouffe desde hace varios años es lo que denomina “pluralismo agonista”. Agón, siguiendo el antiguo término griego se refiere a una celebración pública de juegos o a una competencia verbal entre dos actores en el teatro griego.¹ El agonismo es un enfoque anti-esencialista. En el agonismo, la aceptación del otro no consiste en limitarse a tolerar las diferencias sino en celebrarlas positivamente, puesto que reconoce que, sin alteridad ni otredad, no es posible afirmar identidad alguna. También es un pluralismo que valora la diversidad y las discrepancias y que reconoce en ellas justamente la condición que posibilita una vida democrática.

¹ Conferencia impartida por Chantal Mouffe dentro del seminario Globalización y diferenciación cultural, 19 y 20 de marzo, Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona/Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona, 1999.

Dicho pluralismo se basa en el reconocimiento de la multiplicidad en uno mismo y de las posiciones contradictorias que conlleva dicha multiplicidad.

Advierte Mouffe: Sólo cuando reconozcamos esta dimensión de «lo político» y comprendamos que la «política» consiste en domesticar la hostilidad e intentar distender el antagonismo potencial que existe en las relaciones humanas, podremos plantearnos la cuestión fundamental de la política democrática. Esta cuestión, con el permiso de los racionalistas, no es cómo llegar a un consenso racional alcanzado sin exclusiones o, en otras palabras, no es cómo establecer un «nosotros» que no tenga el correspondiente «ellos». Esto es imposible porque no puede existir un «nosotros» sin un «ellos». Lo que se está planteando es cómo establecer esta distinción «nosotros/ellos» de modo que sea compatible con la democracia pluralista.

Las gramáticas mediáticas reduccionistas a las que he aludido utilizando como ejemplo el caso de Miss Universe, convierten el antagonismo no en posibilidad democrática y reconocimiento de lo plural como constitutivo de lo social sino en dispositivo para la guerra, manifestación apoteósica de la relación amigo-enemigo. De ahí que la espectacularización del antagonismo, antes que responder a una apertura democrática y plural – como reclaman muchos de los comunicólogos radiales- persigue obliterar un polo de lo diferente y legitimar la violencia como única forma ontológica del antagonismo.

Es momento en que nos planteemos como materia urgente la conversión del antagonismo en agonismo, el desplazamiento de la relación amigo-enemigo en la de ustedes-ellos, una estructura de la diferencia pero que posibilita lo plural ya que se reconoce la legitimidad del otro y la ocupación común de un campo simbólico. Mouffe

recuerda en su reflexión a Freud, especialmente al Freud de *El malestar en la cultura* cuando, desde el psicoanálisis, quien plantea una especie de inserción libidinal para que la pulsión de muerte pueda ser desarmada.

La teoría del caos nos ha enseñado que la indeterminación subyace al pretendido orden real. Es ya conocido el relato metafórico del aleteo de una mariposa en el desierto asiático que causa un huracán en los trópicos. Una frase lanzada con desparpajo a las ondas radiales un viernes - “La Pájara” – puede tener efectos no deseados e imperdonables en unas cotas de violencia hacia la mujer que alcanzan ya niveles insostenibles y en enrarecer más los escenarios de producción simbólica y las prácticas de socialidad organizadas desde el referente de la guerra.

Si bien las gramáticas mediáticas son poderosas no son omnipotentes ni invulnerables. Los temidos ratings y los miedos de los anunciantes, debidamente activados por audiencias que reivindican un espacio público plural y tolerante, pueden ser factores de cambio.

Así mismo, una disminución en los decibeles de la violencia mediática puede generarse por un efecto emulador de prácticas políticas alternas, en los mismos medios, en comunidades, en instituciones como la Universidad, por ejemplo, que dejando a un lado la espectacularización de la diferencia, conviertan antagonismos mórbidos en agonismos movilizados desde el ámbito insistentemente humano de lo libidinal.